



LYCHIHU,
EL PALACIO DE CRISTAL

S. M. Cayuman

LYCHIHU,
EL PALACIO DE CRISTAL



Primera edición: junio de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© S. M. Cayuman

ISBN: 978-84-18250-61-3

ISBN digital: 978-84-18250-62-0

Depósito legal: M-9274-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para Fer.
Solo estoy aquí por ti.
Tú eres la razón por la que soy.
Tú eres todas mis razones.
Gracias.*

Capítulo 1

La luz del sol colándose por las cortinas entreabiertas la despertó. Por un instante se sintió desconcertada, luego recordó dónde estaba y una sonrisa se extendió por su rostro.

Envuelta en una sábana, se dirigió al patio, donde lo encontró inmerso en sus diseños, como esperaba. Se acercó y suavemente lo rodeó con sus brazos en un gesto tan familiar para ambos que el chico ni siquiera se sorprendió ante el contacto. Sin pensarlo le devolvió el abrazo mientras giraba para mirarla directamente a los ojos, una costumbre que ella siempre agradecía.

—Iba a despertarte en un momento, pero veo que no hace falta... —le dijo mientras apoyaba los labios en su frente.

—El sol hizo tu trabajo —se estiró para besarlo—. De todas formas, ¿a qué hora despertaste?

—Un poco después del amanecer.

Hizo una mueca. Lo poco que dormía siempre la preocupaba, pero no dijo nada al respecto. Había aprendido qué batallas pelear y cuáles dejar pasar. Siempre había mucho que dejar pasar con él.

Fueron a la cocina y se entretuvo mirándolo mientras él preparaba su desayuno; mirarlo era una de las tantas costumbres molestas que había desarrollado. Odiaba el nivel de atención que le prestaba, pero estaba condenada, completamente perdida. Lo había estado desde hacía mucho tiempo, mucho antes de notarlo siquiera.

Una idea interrumpió la tarea del muchacho, que se detuvo mientras cortaba el pan en trozos perturbadoramente iguales.

—¡Hoy es el gran día! Tu entrevista es esta tarde —su voz destilaba calidez y una emoción mal contenida.

Sabía que había algo que estaba evitando conscientemente desde el momento en que abrió los ojos: la entrevista con La Sociedad, el momento que estuvo anticipando casi toda su vida y por el que ahora haría cualquier cosa para que se alejara.

—Prometo que voy a hacer todo lo que esté en mis manos para que me elijan, pero ambos sabemos que mis posibilidades son escasas.

Aquella falta de confianza iba a enojarlo. Siempre se enojaba cuando ella se mostraba pesimista respecto a sus habilidades, pero resultaba difícil no sentir desesperanza en esas circunstancias. Para él era fácil, era uno de los magos más prometedores de su generación, un genio en su área. Ella era una *reed* que, si bien poseía uno de los más raros elementos, aún no era nadie. Difícilmente iban a tenerla en cuenta.

En momentos como ese, era difícil no pensar en su pasado.

Sus padres la dejaron en una de las tantas iglesias del pasaje de la iluminación, un lugar conocido ampliamente por ser el lugar en Entendard, la capital del país, en donde se reunían todas las religiones e ideologías espirituales de la época.

En realidad, no podía culparlos; criar a un niño *reed* no es fácil, mucho menos cuando se está convencido de que su existencia está maldita.

Un *reed* es un ser que nace con la habilidad de controlar la naturaleza en sus formas más básicas, aire, agua, tierra, fuego o, un poco más raro, luz. No había un solo *reed* en el pueblo de donde venía.

Muchos siglos antes de que ella naciera un grupo religioso, una rama extremista de la Iglesia de los Padres Creadores, comenzó una campaña contra la existencia de los *reeds*, alegando que ningún ser viviente debería tener el poder que ellos poseían. A partir de ese momento, y sobre todo en poblados alejados donde los nacimientos de niños dotados eran menos frecuentes, se comenzó una cacería que terminaría con una de las guerras civiles más brutales

que vio el mundo. Para Boudica simplemente significó ser abandonada, para muchos que no compartieron su suerte fue infinitamente peor.

Tenía unos seis años cuando descubrieron sus poderes. Una tarde antes del invierno cayó terriblemente enferma y aunque sus padres mandaron a buscar a los mejores médicos de la región, ninguno parecía encontrar cura para lo que estaba matándola poco a poco. Sin embargo, tal como llegó, la enfermedad se fue sin dejar ninguna secuela. Todos volvieron a su vida normal, hasta que una noche cuando iba a acostarse su padre decidió pasar por su habitación para ver cómo estaba. La encontró jugando con pequeñas esferas de luz que brotaban de sus manos y esa fue su perdición. Tal vez si hubiese sido su madre, su vida habría sido diferente, pero su padre era un hombre de fe inquebrantable y nada iba a interponerse en su misión de honrar el alma que le había sido dada.

Cierto es también que pudo haber sido entregada a las autoridades en ese mismo instante, sin embargo, se decidió que sería enviada lejos y que un féretro con sus supuestos restos sería depositado en la iglesia local. Todo rastro de su existencia sería borrado. Fue lo máximo que su madre pudo conseguir para quien había sido su única hija.

Poco recordaba de sus hermanos pequeños, salvo que ninguno compartía los particulares rasgos que ella llevaba: la piel nívea, los ojos violetas y el cabello negro azabache, todo aquello era suyo. Ninguno de sus padres compartía tampoco esas características y por años fue causa de orgullo, hasta que se convirtió en un indicador obvio de lo que era. Años después Boudica descubrió que, entre todas las supersticiones, esa tenía un poco de verdad, los *reeds* poseen coloraciones más intensas que los humanos, como si sus poderes concentraran los pigmentos para hacerlos más notorios; por fortuna para muchos niños *reed* toda esa teoría era considerada charlatanería, incluso por los más devotos seguidores de la fe de Los Padres Creadores; de lo contrario, otro habría sido el destino de incontables vidas inocentes.

El último día que pasó en su hogar con su familia estaba teñido de un matiz de irrealidad, guardaba el aroma del cabello de su madre y el tono exacto de la risa de sus hermanos, las duras manos de su padre subiéndola a la carreta que sería su hogar por las casi tres semanas que duró el viaje hasta Entendard.

En deferencia a su madre su progenitor le permitió llevarse una criada que la acompañaría hasta que llegara al lugar en el que la esperaban.

Así fue que a medida que se fueron acercando a destino sus ropas cambiaron, de las hermosas y blancas pieles de conejo que la abrigan pasó a simples vestidos que le permitían soportar mejor el calor al que no estaba acostumbrada y que la abrumaba terriblemente. El sol también era mucho más brillante en aquella parte del mundo.

Finalmente, un día la carreta se detuvo y la niña fue arrastrada por las calles atestadas de Entendard hasta que llegaron al monasterio que a partir de ese momento sería su nueva morada. No fue capaz de concentrarse en nada porque la criada tiraba de su brazo con una fuerza que le dañaba la mano, tan apurada estaba por dejarla de una vez.

La mujer golpeó la puerta y cuando la atendieron, rápidamente le dio al monje una gran bolsa de oro y se alejó casi corriendo.

—No puedo decir que es la persona más temerosa de los *reeds* que he visto, pero se acerca bastante...

Boudica levantó la vista empañada de lágrimas y se encontró con la amable mirada de un joven de barba rubia que le sonreía y que le tomó la mano mientras la conducía por los largos pasillos, dando pequeñas descripciones: «Esta es la biblioteca, aquí se encuentran los baños, siguiendo ese corredor se llega a las habitaciones», hasta que se detuvieron ante una gran puerta.

El muchacho no se detuvo a golpear y simplemente entró al recinto pobremente iluminado donde un enjuto anciano se sentaba detrás de un escritorio que lo hacía parecer todavía más pequeño, tan grande y ornamentado estaba.

Ante un gesto del joven la luz de las velas se avivó. *Reed* de fuego.

—Veo que nuestra invitada finalmente ha llegado —la voz del viejo monje era dura y profunda, muy distinta al cuerpo que la producía. Estirando la mano tomó el oro que el otro monje le tendía y luego de meterlo en un cajón, volvió a poner toda su atención en la niña.

—Entonces, ¿cuál es tu talento?

La niña se quedó parada muy quieta mirando fijamente al hombre con enormes ojos violetas.

—El maestro te está preguntando cuál es el elemento que manejas, Boudica.

Muy lentamente levantó la mano y, extendiéndola, la abrió; al instante, una esfera de luz violeta azulada iluminó la habitación, opacando el fuego que bailaba en las velas.

—¡¡¡Luz!!! —el anciano parecía de repente mucho más interesado—. Y un gran control para su edad... El color no es el correcto, pero puede corregirse.

Al escuchar esas palabras Boudica cerró fuertemente la mano, no antes de que el hombre notara que la luz había pasado del violeta azulado al púrpura antes de desaparecer completamente.

—No hay necesidad de ocultar tus talentos, niña. Con nuestra ayuda vas a ser capaz de dominar tus poderes y de... expresarlos de la manera correcta. Van, hazme el favor de llevar a la pequeña Boudica a los aposentos de luz.

—Señor —era obvio que Van no estaba acostumbrado a cuestionar las decisiones de su maestro, su cuerpo estaba tenso y su voz insegura—, las habitaciones de *reeds* de luz están vacías. Tal vez sería mejor que se acomode en las de fuego, donde estaría acompañada por los demás niños...

—Si deseara eso, es lo que te hubiese dicho, Van. Boudica no es ordinaria, por lo que va a tener una educación acorde.

—¿Señor?

—Yo voy a ser su maestro, obviamente —y como si quisiera darle énfasis a su declaración repitió el gesto de la niña, creando una gran bola de luz blanca.

El viejo monje les dio la espalda dando a entender que se había terminado la presentación.

Van hizo una reverencia y salió de la habitación con Boudica nuevamente tomada de su mano.

En cuanto se alejaron lo suficiente de la celda del maestro, el joven se detuvo y se agachó para mirarla a los ojos.

—A partir de mañana tu vida va a cambiar, pero no debes tener miedo. Vas a ser una gran *reed*, la mejor *reed* de luz que el mundo ha visto, eso vas a ser, Boudica.

La niña se limitó a abrazarlo y llorar amargamente por todo lo que había pasado y por el miedo a no saber qué iba a pasar a partir de ese momento.

Al otro día, muy temprano, la fueron a buscar a su cuarto, que resultó ser enorme, lleno de lujos y, supuso, muy distinto del de los demás niños.

Todo fue peor de lo que esperaba, no tanto por los monjes, sino por el resto de los pupilos que allí vivían.

Muy rápido se corrió el rumor de que era una *reed* de luz y que recibiría clases exclusivas con el gran maestro, lo que de inmediato generó una distancia que con sus escasos seis años le fue imposible cerrar, por lo que gran parte de sus días los pasaba entrenando o leyendo con Van en la biblioteca. Pocas veces desayunaba a la misma hora que los demás porque si bien sus habitaciones eran exclusivas, el comedor no lo era y era en esos momentos donde más separada del mundo se sentía.

Van siempre intentaba animarla diciéndole que pronto dejaría de ser la novedad y todos comenzarían a hablarle, pero eso jamás ocurrió y un año había pasado en el monasterio sin tener más compañía que la del joven monje y su maestro, que, si bien se mostraba atento durante las sesiones de entrenamiento, también era distante y frío y solo se interesaba por su desempeño como *reed*.

Boudica no tomaba la situación con pasividad y muchas fueron las veces que intentó acercarse a sus compañeros, pero cada vez fue rechazada. Tal vez al principio hubiese tenido alguna oportunidad,

pero se rumoraba que ella fue quien había pedido la habitación y los entrenamientos especiales. Se sabía que su familia había pagado mucho para que la recibieran. El monasterio no era una beneficencia, era un lugar donde las más antiguas familias *reed* enviaban a sus descendientes a aprender. Por todo el país había lugares donde un *reed* podía entrenarse, pero Boudica había sido enviada al mejor, no debido a la preocupación de su padre por su educación, sino a la de su madre por su seguridad. Los monjes mantendrían a Boudica segura y a su familia en el anonimato. Boudica había perdido incluso el apellido, algo que solo personas de muy alta alcurnia poseían, por lo que pasó a tener el nombre de todas las personas que habían venido de su ciudad de origen: Grannd.

Por lo que la información que circulaba sobre ella era falsa o inexacta, y al escuchar lo que todos pensaban fue tal su vergüenza y su enojo que dejó de intentar acercarse. En cambio, decidió que a partir de ese momento iba a concentrarse exclusivamente en mejorar sus habilidades. Si ahora reflexionaba sobre sus motivos de entonces, se sentía un poco avergonzada, ya que su motivación era que si no la querían, por lo menos iban a respetarla, y eso solo lo conseguiría siendo mejor que ellos. Era un mal motivo para hacerlo, ahora lo veía, pero sin haber cumplido siquiera ocho años aquel plan era tan bueno como cualquier otro.

Los años pasaron y Boudica se había convertido en la mejor alumna del monasterio, y si bien el gran maestro se congratulaba con su éxito, la niña sabía que todo era gracias a Van.

El joven monje se había pasado los últimos cuatro años puliendo las habilidades que al anciano se le hacían innecesarias, ya que, si bien buscaba que Boudica se convirtiera en una gran *reed*, sus enseñanzas se limitaban al control de sus poderes, a la delicadeza de sus técnicas; no veía necesidad alguna en prepararla en el campo del combate, por lo que el dominio que la chica poseía para canalizar sus habilidades era excepcional incluso para *reeds* que triplicaban su edad y con años de experiencia, pero en lo que a capacidad de pelea se refería, Boudica se estaba quedando atrás en

su formación. Van no podía entender la decisión de su maestro, pero por respeto tampoco podía cuestionarlo abiertamente, por lo que se dedicó a instruirla en secreto.

Fue difícil para la niña no hacer alarde de sus habilidades de batalla, pero sabía que solo traería problemas a su amigo si en algún momento los demás monjes se enteraban de sus andanzas.

Fueron años en los que Boudica tuvo que esforzarse, ya que su formación requería de ella el doble de energía y dedicación porque no solo se basaba en el adiestramiento en batalla, sino también en la educación de elite que cualquier *reed* de alta alcurnia recibiría. Sin buscarlo, Boudica estaba recibiendo la mejor preparación que el dinero podía comprar, y solo ella y Van eran conscientes de ello; el muchacho sabía que el futuro de Boudica se estaba construyendo en esos momentos, pero no tenía manera de saber de qué forma quedaría truncado.

Durante los últimos tiempos de Boudica en el monasterio, los grupos religiosos extremistas que llevaban siglos organizándose en secreto comenzaron una cacería que iba en pos de cualquier *reed*, hombre, mujer o niño. Y si bien Entendard, la capital del país, era más segura para ellos, los monjes eran muy precavidos y tenían reglas estrictas respecto al contacto que los niños podían tener con el exterior.

Una noche algunos chicos mayores decidieron salir a escondidas y la invitaron a acompañarlos. Ella no sentía ningún deseo de escabullirse de sus cuidadores ya que, a diferencia de los demás, sabía que no eran inventos ni exageraciones de los monjes. Con su educación y su propia experiencia, entendió antes que sus congéneres que los tiempos que ahora vivían eran una consecuencia de todos los años de gestación que vinieron antes, pero de todas formas y en contra de su mejor juicio, en un intento por agradarlos, decidió acompañarlos.

Un grupo de fanáticos religiosos los reconoció como los niños que vivían con los monjes. Descubrió que simples humanos no eran rivales para poderes como los suyos; el problema radicaba en

que algunos habían aprendido a dominar la magia, no magia como la de un *reed*, que nacía con ellos, sino magia llena de símbolos y palabras susurradas y diseños intrincados que podían contrarrestar el fuego y la luz y la tierra y el agua y el aire, y sin sus poderes un *reed* que solo fue entrenado en esa disciplina no es nada.

Era pasada la medianoche cuando Van los encontró, demasiado asustados para moverse del callejón oscuro en donde se habían escondido con los cuerpos de sus compañeros destruidos desde dentro por poderes que no entendían ni estaban preparados para enfrentar. Boudica recordaba con claridad el olor acre de la sangre que había comenzado a brotar del pecho del chico que apenas podía mantener el ritmo suficiente para escapar de los malheridos hombres que los perseguían sin darles tregua. Fue el entrenamiento del gran maestro lo que terminó salvándolos, ya que en batalla estaban siendo igualados. Boudica fue capaz de absorber toda la luz alrededor el tiempo suficiente para poder fugarse con las vidas que les quedaban y los cuerpos de las que ya no estaban.

Van llegó hasta ellos con una furia que al instante se disipó cuando vio el estado en el que se encontraban. Lamentablemente, una vez que llegaron al monasterio el anciano líder no fue tan benévolo.

Los heridos fueron atendidos y luego expulsados, para volver con sus familias en medio de la vergüenza. Boudica, sin embargo, no tenía una familia a la que volver y su falta había sido demasiado grave para ser perdonada. Fue expulsada y, sin ningún lugar a donde ir, terminó viviendo en las calles.

Aquella noche la niña aprendió que era a los magos, aquellos humanos que usurpaban la magia, a quienes debía temer. Ellos eran lo que los extremistas estuvieron creando todos esos siglos, la única oportunidad que tenían para vencer a los *reeds*.

Van hizo cuanto pudo por ayudarla, pero en cuanto se enteró de las salidas del joven monje para llevar comida, ropa y compañía a Boudica, el maestro rápidamente arregló un traslado a un pueblo

lejano que estaba teniendo serios problemas con extremistas *anti-reed*. Esa fue la última vez que se supo de Van en Entendard.

A partir de ese momento y llena de pena, la niña se esmeró en aprender por sí misma, en los bosques, lejos de las miradas de los curiosos. Para cualquiera solo era una huérfana más viviendo en las calles. Se cuidó de siempre mantener las apariencias. Descubrirse significaba una muerte segura en aquellas calles infestadas de patrullas *antirreed*. Sabía que había habido un tiempo de paz antes, y era una *reed*; si nadie la mataba tal vez iba a vivir lo suficiente para volver a ver nuevos tiempos de paz. Los *reeds* viven muchos años más que las personas ordinarias, cientos de años, según le contaron los monjes, así que solo debía ser paciente y sobrevivir, todo eso pasaría.

Al ir madurando, las patrullas *antirreed* no eran la única amenaza, por lo que comenzó a vestirse con ropas de hombre mientras hacía lo posible por esconder el hecho de que claramente se estaba convirtiendo en una mujer. Pese a todo el cuidado que ponía, jamás fue capaz de cortarse el lustroso cabello negro que le caía lacio hasta las caderas, incluso cuando aquel cabello y sus ojos violeta profundo eran cosas que la marcaban como *reed*; simplemente no quería renunciar a aquel rasgo de ella misma, o sentía que se perdería para siempre en los callejones de Entendard.

Debido al cuidado que ponía en pasar desapercibida, se movía casi siempre de noche, donde era más difícil que notaran que aquel bulto en su espalda no era una joroba. Los días los pasaba entrenando y con el tiempo fue mejorando y retomando el ritmo que había establecido con Van.

Cierta noche en la que se encontraba cerca de la ventana de una de las tabernas que frecuentaba, ya que el dueño no era tan severo y dejaba que los niños revisaran la basura, escuchó que los *reeds* se estaban organizando, que aunque algunos eran profundamente religiosos y pertenecían a La Iglesia de los Primeros Elementos, la cual sostenía que al inicio de la creación los espíritus de los elementos vagaban libres por la tierra hasta que los hombres los en-

carcelaron en aquellos cuerpos y que a partir de ese momento solo podían existir de aquel modo, y otros que no profesaban fe alguna, habían llegado a la conclusión de que había que parar aquella locura de patrullas y muerte *antirreed*. Fue en ese lugar junto a la basura, sosteniendo un pan rancio, cuando por primera vez en muchos años comenzó a sentir esperanzas.

Con el correr del tiempo, las reuniones se volvieron una constante, la voz se empezó a correr por toda la capital y pronto los *reeds* de todo el país formaron un frente para ofrecer resistencia al avance de los magos. Así fue como se creó La Sociedad, una organización formada exclusivamente por *reeds* que se oponían a los ataques de parte de los humanos, dedicados a defender y traer gloria a su comunidad. Y si bien el objetivo era proteger a todos los *reeds*, solo los más poderosos monetariamente podían verdaderamente pertenecer al núcleo que tomaba las decisiones.

Los tiempos que siguieron a la formación de La Sociedad fueron momentos terribles en los que se perdieron miembros de ambos lados, y la sangre y los altercados llenaban las ciudades y los pueblos. El terror y la desconfianza se esparcían y la violencia que ambos bandos regaban era igual de atroz para cualquiera que no se encontrara directamente involucrado en el conflicto.

Aquellos acontecimientos fueron conocidos como Las Guerras de los Elementos por las personas comunes, ya que si bien el objetivo de los magos era erradicar la magia *reed*, ellos también utilizaban poderes sobrenaturales para combatir.

Finalmente, luego de cuatro largos años se llegó a un acuerdo entre los altos mandos de ambos grupos y los tiempos de paz llegaron; si bien muchos poblados se cerraron a los *reeds*, Entendard volvía a ser un lugar neutro, seguro.

Los daños sufridos en las ciudades fueron incalculables, pero rápidamente los *reeds* más poderosos llegaron a un acuerdo con las autoridades. La recientemente creada Sociedad necesitaba un espacio y ellos felizmente pagarían por todas las refacciones mientras se les concediera esa simple condición. Los gobernantes humanos

accedieron sin pensar mucho en la oferta, y todo iba bien hasta que los líderes de La Sociedad les explicaron que el edificio de gobierno *reed* iba a ser construido junto a la casa de gobierno principal, una sede de mármol blanco que fácilmente fue opacado por la gran estructura de piedra negra pulida que pronto se convirtió en el símbolo del nuevo poder que los *reeds* habían ganado.

Una vez establecidos, poco fue lo que los líderes *reed* hicieron por los huérfanos que quedaron abandonados regados por todo el país, ya que ellos no representaban la población que querían gobernar. El consejo gobernaría sobre todos los *reeds*, pero solo abogaría por los más poderosos, y un grupo de niños que no completaron sus entrenamientos no valían los recursos que se les destinarían.

Ante la falta de acción de cualquier tipo de autoridad, uno de los posaderos de la ciudad, un hombre afable que siempre les repartía comida a las personas que vivían en las calles, abrió un refugio para niños *reed* huérfanos y Boudica finalmente encontró un hogar.

Tom, el posadero, era alegre y se preocupaba por todos y cada uno de sus niños, los alentaba a entrenar y cuidarse unos a otros. Fue la primera vez en su vida en muchos años en la que no tuvo que ocultarse porque a nadie le importaba que su piel fuera tan clara o su cabello tan negro o sus extraños ojos violetas, todos allí eran *reeds* y algunos también venían de lugares lejanos y sus pieles eran de bonitos colores oscuros como el café o del color de la arcilla, o niñas con cabellos tan blancos como la nieve fresca. Se preguntaba cómo habrían hecho ellos para sobrevivir, pero a ninguno le gustaba hablar de aquellos años oscuros. En aquel lugar su habilidad para manejar la luz no era algo que la alejara de los demás, sino que era algo que generaba admiración. Incluso entre los huérfanos que habían llegado a Entendard escapando de sus lugares de origen cuando ya nada quedaba además de cenizas había un chico que podía manejar el metal. Si sus poderes de luz eran extraños, aquel talento era único. Nadie había visto nada igual, jamás.

Un año de paz pasó hasta que llegó un día en el que Tom los reunió a todos y les dijo que tenía novedades, importantes novedades, y que ellos tenían una muy importante misión.

A la posada llegarían nuevos niños, pero estos no eran *reeds*, eran magos. Todos los presentes se sorprendieron y muchos comenzaron a gritar y a negarse rotundamente. Boudica escuchaba a Tom con toda su atención, porque si bien les temía a los magos como todos los demás presentes, también sabía que el posadero nunca los pondría en peligro.

—Muchos de ustedes ya son mayores de edad y si no quieren convivir con los nuevos chicos, no hay nada que pueda hacer para detenerlos o para hacer que se queden, pero tengan en cuenta que ellos están tan solos y perdidos como lo estaban ustedes cuando llegaron. Pueden meditarlo, pero recuerden que esta es su oportunidad de terminar con los viejos rencores, de mostrar la compasión que sus mayores jamás mostraron o siquiera sintieron. De probar que ustedes pueden, pero más importante, quieren, hacer la diferencia.

Y sin más se fue, anunciándoles que en tres días llegarían los nuevos huérfanos.

Fueron las horas más tensas que se vivieron en la habitualmente feliz posada.

Amanecía el tercer día del plazo anunciado y las carretas llegaban. Diez huérfanos, con rostros sucios y vacíos, llegaron aquella mañana. La mayoría eran pequeños, pero otros ya tenían la edad de Boudica, edad suficiente para estar por su cuenta, pero cualquiera que haya vivido la vida que vivieron ellos comprendería la necesidad de seguridad, calor y afecto que ellos sentían. Tom lo sabía, por lo que ese sería su hogar mientras ellos lo desearan.

Ningún niño *reed* abandonó la posada esa jornada.